

El Diego

Antonio Rocha

Solo hay un barrilete cósmico, y no es mi amigo Diego. Pero hubo una tarde de domingo en un torneo de barrio donde Diego Armando Santibáñez —ñoño, consentido, hijo de un narco que se creía compadre de Maradona— hizo una jugada que nos dejó a todos con la boca abierta y el grito de gol atorado en la garganta. No porque el gol fuera espectacular, sino porque nunca existió.

Para explicar ese gol fantasma hay que hablar de unos Nike Tiempo que nunca se ensuciaban, de una mujer que vendía coca en pijama de seda, de una madre que se acostaba con los choferes a los que les cobraba la cuenta, y de un recorte del Ovaciones tan doblado que apenas se sostenía, donde Maradona festejaba con una playera pirata hecha en Tepito. Pero sobre todo hay que hablar del padre de Diego, porque fue él quien, sin saberlo, le enseñó a su hijo que la grandeza se aspira por la nariz.

Diego tenía media vida comprada. Era el chico del barrio que nadie hubiera volteado a ver de no ser por las cosas que

traía encima: los Nike Tiempo de Ronaldinho, y presumía su PSP en el recreo como quien enseña un boleto de avión a primera clase. Nosotros le aceptábamos la función a cambio de los beneficios, y él se conformaba con eso.

• • •

Todo eso se lo pagaba su papá, un exagente federal que se las daba de empresario: tenía diez taxis, una gran colección de discos de mariachis y un departamento en nuestro edificio donde vivía con su nueva novia. Del agente federal le quedaba el porte y la pistola; del empresario, solo la facha. Pero en el barrio eso bastaba para ser alguien, y el papá de Diego lo sabía.

A la mamá de Diego la veíamos seguido porque vivía a dos cuadras. Era una señora gorda, malhumorada, que se vestía con las marcas más caras que un tianguis de fayuca puede ofrecer: lentes Dolce & Gabbana de plástico grueso, bolsas Louis Vuitton con las letras un poco chuecas, uñas de acrílico que no combinaban con nada. Se creía rica y actuaba para aparentarlo, aunque su único ingreso era cobrarles “la cuenta” a cinco choferes de la flotilla de taxis que le dejó el ex. Bueno, eso y lo otro: porque era vox populi en el barrio que a más de uno de esos choferes la señora les cobraba también en especie.

Con quien Diego sí vivía era con Deyanira, la novia joven del padre. Cabello rubio zacatudo, figura linda y menudita, misma figura que poco a poco se iba desdibujando entre los

excesos que su novio le ofrecía. A todas horas, hombres de semblante inestable tocaban la puerta del departamento y Deyanira les entregaba bolsas de contenido que a esas alturas solo era misterioso para quien quisiera que lo fuera. El departamento de Diego olía a encierro y a dulce.

• • •

Nosotros, los amigos de Diego, nunca olvidamos la ocasión que tocamos la puerta de su casa y abrió Deyanira con una pijama de seda fina. “Dios sopló”, aseguró Samuel, pues era difícil que dentro de ese viejo edificio hubiera una corriente de aire de manufactura tan celestial, que provocó que la seda se le pegara toda a su figura, como si la besara, la delineara y revelara todo el cuerpo de la novia del papá de nuestro amigo. No le vimos nada, pero le imaginamos todo. Teníamos dieciséis años y ella veintitrés, pero en nuestra cabeza tenía la edad exacta de nuestros sueños.

Deyanira siempre fue muy amable con Diego y con todos nosotros. A ella le gustaba mucho el fútbol, le iba a las Chivas y estaba enamorada de Omar Bravo; recuerdo que a veces salía al pie de la puerta del edificio a mirar cómo jugábamos fútbol y todos nos esforzábamos por impresionarla. Diego solo observaba desde la soledad del centro en la distancia de dos piedras que improvisaban su portería.

• • •

Cada tarde, luego de la escuela, Diego lucía sus impresionantes tenis Nike casi nuevos, impolutos, pues siempre lo elegíamos al último y ocupaba la posición de portero. Mentíamos y le decíamos que su estatura era su mayor virtud. “Para nosotros eres lo que Dida es para el Milán”, le decía yo para darle un poco de seguridad; pero todos sabíamos la verdad: Diego era malo. Malo de a de veras. Lo poníamos de portero porque una portería con tres postes era peor que no tener arquero.

A razón de esas decepciones y de siempre ver el juego desde debajo de los tres palos, Diego se consiguió nuevos amigos y le pidió a su papá que pavimentara la glorietta con jardines frente a nuestra calle para tener su cancha de basquetbol. Y lo logró: el exagente hizo un par de llamadas y la cancha apareció en quince días. Así era el papá de Diego, un hombre que no resolvía problemas sino que los pavimentaba. Nuestro amigo cumplió su sueño; por fin era el dueño de la cancha y el balón. A menudo lo veíamos jugando con su par de nuevos amigos ñoños, todos con sus Air Jordan último modelo.

No pasó mucho tiempo para que volviera a buscarnos. Con nosotros en la cancha regularmente ganaba; con los ñoños del basquet, la suerte nunca le sonrió. Lo recibimos con los brazos abiertos y ocupó su lugar en la portería; ese partido fue muy reñido. Ya cuando el sol estaba por meterse, mi amigo el Kuije anotó el gol del gane con una rabona espectacular precedida de un desborde por velocidad y un certero centro de un servidor. ¡Ganamos la apuesta: Coca-Cola y Gansitos para todos!

Apenado por los seis goles en su contra, pero contento por la victoria, Diego nos hizo una propuesta mientras disfrutábamos de nuestro manjar chatarra sentados en la fría banquetta: “¿Y si nos registramos en el torneo del parque Álamos? Mi papá paga todo: arbitraje, balones, uniformes, comidas... todo.”

Hubo un silencio incómodo. El torneo era para equipos de siete; nosotros éramos ocho. Uno tenía que quedar fuera. No sería Diego. Uno tenía que ser portero. No sería Diego.

• • •

El padre de Diego fungió como nuestro entrenador esa semana antes del primer partido. La idea era clara: que Diego saliera de titular, que todos los balones fueran a él y brillara con luz propia. Le decía Diego Armando, pues ese era su nombre completo, y durante los entrenamientos gritaba cada ciertos minutos: “Tú eres el diez, Diego Armando, pídelo, muévete.” Y Diego daba su mejor esfuerzo, que nunca era suficiente, pero corría con una entrega que daba un poco de ternura y otro poco de pena.

Luego de cada entrenamiento cenábamos tacos en la esquina de la calle donde vivíamos, y el padre de Diego bebía muchas cervezas. Fue en la última cena antes del debut que el señor, ya con los ojos vidriosos, nos contó —y juró— que él le había vendido al utilero de la selección argentina los uniformes piratas hechos en Tepito para ese mítico partido contra Inglaterra en el mundial del 86. “Ese pinche Gallo de

“lecosportif” lo copié al puro pedo, a mano alzada, me quedó igualito.” Enseguida sacó de su cartera un recorte del Ovaciones, cuarteado por tantos dobleces que apenas se sostenía unido por unas cuantas esquinas aferradas a no separarse, donde se mostraba a Maradona festejando con la mano derecha al aire y una playera de calidad bastante dudosa.

La historia es más o menos conocida: la albiceleste se quedó sin playeras porque las intercambiaron todas con Uruguay la fecha anterior, y la premura mandó al utilero a Tepito a conseguir copias. El papá de Diego aseguraba que él surtió ese pedido de playeras azules. Pero lo que vino después fue lo que nos dejó helados.

“Y de paso le mandé un regalito al Diego”, dijo bajando la voz como si contara un secreto de Estado. “No fueron gramos, sino un kilo del mejor perico que ahí se producía. Y se sigue produciendo, claro está”, añadió, sin que nadie le preguntara. “Esos ojos, esa pinche mirada que traía el Pelusa... solo pudieron provocarla pericazos de mi producto.”

Y luego, con una certeza envidiable: “¿A quién se le va a ocurrir meter la pinche mano en un partido de un mundial? Solo a un cabrón bien perico. ¿O no?”

Se levantó de la silla, tiró media cerveza sin notarlo, y narró de memoria, perfecto, a Roberto Hernández Jr.: “Va al pique al frente, tiene a Buruchaga, se mete al área, sale Peter Shilton, ¡GOL!” Pegó un alarido que espantó al taquero. “¡Por eso mi pinche Diego es el mejor!”, remató arrastrando las palabras.

Todos estábamos incómodos. La ebriedad del señor se había salido de control. En cinco minutos confesó que era narcotraficante, se atribuyó un campeonato mundial y citó a Don Rober desde una taquería de banqueta. A juicio de toda la concurrencia: un mitómano declarado.

Pero Diego lo miraba maravillado, lo conmovió la historia. A su hijo le brillaban los ojos.

• • •

Aquel domingo de nuestro debut en la liga, yo sería el sacrificado. Me lo dijeron minutos antes de empezar. Lo tomé con calma; todos sabíamos que era el partido de Diego, además desde niño encontré interesante analizar el fútbol desde la grada, así que me senté dispuesto a disfrutarlo.

Nuestro equipo se llamaba Real Erazo 55: todos vivíamos en el edificio número 55 de la calle Doctor Erazo. Antes del partido, el padre de Diego intentaba mostrar la formación posicionando credenciales en un tapete desgastado de *Pro Action Football* que vio sus mejores años en nuestra época de primaria. Se percató de que faltaba alguien y vociferó: “Diego, ¿dónde está mi diez?”

Lo busqué con la mirada y lo vi saliendo de los vestidores. Llevaba el cabello mojado, la playera metida al *short*. Estaba raro: demasiado animado, saltaba y sacudía las piernas como si el cuerpo no le cupiera en la piel. Se tallaba el rostro con las palmas de las manos una y otra vez. Acudió al llamado de su padre con una energía que nunca le había visto.

El juego arrancó aburrido, algo ríspido, sin nada para nadie. Pero Diego estaba distinto. Para mi sorpresa había aguantado más de lo normal y evitaba mi entrada: no se veía cansado, corría a todos los balones, buscaba posicionarse para recibir la bola. Su padre se desgañitaba desde fuera: “¡Dásela al diez!” Pero Diego se marcaba solo, como siempre. La diferencia era que ahora lo hacía con una intensidad que no le conocíamos.

Entonces hubo un contragolpe. Nuestro defensa, el Seco, recuperó el balón con un taponazo que tiró de nalgas al más habilidoso delantero rival. Alzó la cara, vio a Diego solo, y el diez arrancó a media cancha. Los defensas rivales fueron superados por unas zancadas que no parecían de él. Alcanzó el balón, lo controló de buena forma y con un regate nada ortodoxo dejó atrás al contención. Se perfiló a la portería, y entre un dejo de suerte, un rebote a su favor y una mala barrida, dejó atrás al último defensa y el balón quedó a su merced.

¡Sí era Diego Armando! El Pelusa real estaba internado en una clínica de drogas en ese justo instante, pero su espíritu había poseído a nuestro amigo. Nadie daba crédito. La grada se llenó de gritos.

Yo lo vi todo en cámara lenta: el portero salió a achicar, pero nuestro Diego, EL DIEGO, hizo una pausa y un movimiento de cintura de *crack*. En un parpadeo venció al portero, que intentó frustrado impulsarse en su mano derecha para regresar a la jugada, pero ya era tarde.

¡Diego lo tenía TODO!

¡Solo debía empujar el balón!

“¡Tira!”, gritamos al unísono, y lo repetimos varias veces.

Y Diego se detuvo. Hizo otra pausa. ¿Acaso quería adornar más ese gol?

No.

Nuestro diez cayó al asfalto, inconsciente.

Diego no tuvo tiempo de disparar.

Y el balón quedó ahí, estático.

Igual que el corazón de Diego.

La escena me paralizó. Puse mi atónita mirada en el rostro apagado de Diego. Tenía algo en la nariz. ¿Talco?, pensé.

• • •

Al final, Diego Armando no fue bueno para el fútbol, y menos lo fue para las drogas.

Al final, solo hay un barrilete cósmico.

• • •

Diego Armando hoy se encuentra bien y vive felizmente casado con Jorge, uno de sus amigos del basquet. Pone uñas en un *Spa* junto a Deyanira. Ya no le hablan a su papá.